

EUROPA Y SUS VALORES

Por Pedro FERRER PI

La encuesta sobre los valores de la sociedad europea actual, de la que ya ha aparecido un primer estudio del profesor J. Stoetzel, al que se refirió recientemente nuestra revista (1), será sin duda durante bastante tiempo tema de comentarios, de reflexiones y de discusiones. En una sociedad que presenta todos los síntomas de ser una sociedad en cambio, resulta sugerente y provechoso examinar los miles y miles de datos obtenidos y las conclusiones sociológicas a que se ha llegado. Es verdad que de momento dicha encuesta no es más que una radiografía momentánea —1981— de la sociedad europea occidental representada por nueve países, y que, supuesto el cambio o el deslizamiento de valores que se verifica a lo largo de la vida de cada uno, no podemos afirmar la evolución de una sociedad sin comparar los resultados de ahora con los de unos años antes o después. Con todo, algunos de los resultados parecen suficientemente significativos e invitan a unas reflexiones. En el último capítulo de su obra, Jean Stoetzel concluía: "Nueve países, una Europa". Y España era uno de los nueve países. Sus resultados son nuestros resultados. De ahí nuestro interés en examinar algunos de los que pueden sernos de más interés. Desearíamos que esto nos ayudase a conocer mejor en su complejidad y profundidad la realidad europea, una realidad de la que España forma parte.

ALGUNOS RESULTADOS SIGNIFICATIVOS

En el número antes citado de nuestra revista, ya dijimos algo sobre los valores y juicios morales de los europeos y, más en concreto, de los españoles, en relación con la religiosidad, la permisividad y la posible orientación del cambio social y/o cultural. Comencemos ahora por completar aquellos resultados, para intentar dar así una visión global de los mismos.

Lo primero que se aprecia es que existen síntomas claros de un cambio importante en la moralidad de los europeos y que este cambio posi-

(1) V. ORTEGA, *Cambio de valores en España*, Fomento Social, oct.-dic. 1983. 363-374.

blemente empezó hace ya treinta o cuarenta años. En todo caso, e independientemente de las rigurosas constataciones sociológicas que hubieran podido obtenerse de disponer de otra encuesta igual pero realizada hace veinte o treinta años, se ve que aquellos valores que los europeos de hoy desean inculcar a sus hijos o desearían que se inculcasen a las generaciones venideras, son más bien valores morales de tipo social que valores morales individuales (en torno a la sexualidad, a la fe personal, etc.). Dicho esto, no sorprenderá el siguiente dato: al presentar a los europeos 17 virtudes, de las cuales aproximadamente la mitad eran tradicionales y la otra mitad innovadoras, y preguntarles cuáles eran las cinco que deseaban inculcar más a sus hijos, se llegó a los resultados del cuadro 1, que son sumamente ilustrativos y que recomendamos examinar detenidamente (2). En él se ve que más de 7 de cada 10 europeos ponen en primer lugar la honradez y que ésta figura como la virtud propuesta por la mayoría en todos los países, exceptuando el caso de España (3). Siguen a bastante distancia los buenos modales y la tolerancia o respeto a los demás (5/10, es decir, 5 de cada 10 europeos), a los que siguen el sentido de responsabilidad (4,6/10); educación o cortesía (3,4/10), lealtad (3,2/10) etc. Como valores más significativamente aberrantes de aquéllos que con preferencia desean inculcar algunos países, véanse los ya mencionados de la honradez en España o del bajo sentido de responsabilidad en Gran Bretaña e Irlanda; los valores anómalamente bajo y alto respectivamente del dominio de sí mismo y de la independencia en Dinamarca; la poca estima de la obediencia en alemanes y daneses; el alto aprecio del espíritu de la economía en franceses y belgas; la estima de la fe religiosa en Irlanda; la enorme dispersión en el altruismo (con valores de 4, 2 y 4 respectivamente en España, Italia, RFA, en oposición a 40 en Holanda); y la sobrevaloración de la imaginación y del espíritu de mando en España y Alemania respectivamente (4).

Estas cifras son altamente significativas, en primer lugar porque indican lo que probablemente los europeos más se esfuerzan en inculcar a las generaciones que ahora se están formando, en segundo lugar porque tienen un componente subjetivo-objetivo, como lo tienen todos los valores, de suerte que nos está revelando algo de la escala de valores de los europeos. Con todo, para ser exactos y no extrapolar en nuestras conclusiones, hay que notar que sólo eran 17 los valores que se proponían y que en la lista no aparecían explicitados otros valores, quizás porque era más

(2) Cfr. Cuadro 1.

(3) Al comentar este resultado divergente en España, añade Jean Stoetzel: "por razones que deberán explicar los españoles". A nuestro juicio el término español "honradez" no es equivalente al término francés "honnêteté" y mucho menos al inglés "honesty", así como "honrado" no es lo mismo que "honnête" en francés y "honest" en inglés. En las dos últimas lenguas el término tiene una riqueza mucho mayor: significa sinceridad, entereza, integridad, todo lo cual no queda suficientemente recalado en el vocablo castellano.

(4) Recomendamos al lector que, al hacer comparación por naciones utilice sumados los valores de "buenos modales" y "educación" (politesse), ya que en algunas naciones parece que han creído que se superponían. Así ocurre claramente, en opinión nuestra, en Irlanda.

CUADRO 1
 LAS VIRTUDES EN EUROPA
 Frecuencia de elección de cinco virtudes de la lista siguiente (en porcentaje)

	Europa	Bélgica	Dinamarca	España	Francia	Gran Bretaña	Holanda	Irlanda	Italia	RFA
Honradez	73	70	76	47	76	79	79	73	77	74
Tolerancia, respeto a los demás	51	45	58	44	59	62	57	56	43	42
Buenos modales	49	47	50	53	21	68	59	66	55	42
Sentido de la responsabilidad	46	37	63	63	40	24	55	22	46	63
Educación	34	48	50	20	51	27	42	23	36	29
Lealtad	32	23	24	29	36	36	24	19	43	22
Dominio de uno mismo	29	30	12	37	30	33	33	31	20	29
Independencia	27	20	55	24	16	23	28	29	22	46
Obediencia	25	28	14	30	18	37	23	33	27	15
Aplicación en el trabajo	23	33	2	41	36	26	13	25	13	22
Espíritu de economía	21	36	15	11	32	9	17	15	19	31
Perseverancia	18	21	11	13	18	17	16	10	17	27
Fe religiosa	17	17	8	22	11	14	14	42	22	17
Altruismo	15	14	23	4	22	40	9	23	2	4
Paciencia	14	13	9	15	10	16	15	12	16	14
Imaginación	13	8	10	24	12	11	11	7	8	14
Espíritu de mando	10	6	2	8	2	4	3	7	3	31

Fuente: Jean STOETZEL, *¿Qué pensamos los europeos?* (Encuesta sobre los valores morales, sociales, políticos, educativos, religiosos en nueve países de Europa), pp. 24-25, Ed. Mapfre, Madrid 1983, 364 p.

PEDRO FERRER PI

difícil su homologación en los nueve países o por tener una carga afectiva que hubiera coloreado la respuesta. Tal ocurre con el valor "amor a los demás" expresado tíbiamente por altruismo; o con la "paz" en el sentido activo de trabajar por la paz, que no viene recogido por el término "paciencia" y tampoco suficientemente por los vocablos "tolerancia, respeto a los demás".

Estos resultados sobre la moralidad de los europeos, se complementan con los que da también Stoetzel acerca del juicio de mayor o menor rigor sobre una serie de 22 comportamientos morales, unos de actos relacionados claramente con la moral social (robar, defraudar al fisco, etc.), otros estrictamente privados o con aparentemente poca incidencia social (libertad sexual, divorcio, droga, eutanasia, etc.). De esto último se ocupó ya nuestra revista (5). Bástenos tan sólo notar aquí cómo los resultados obtenidos parecen indicar que se ha operado un claro corrimiento de valores, de suerte que hay un mayor rigor en juzgar comportamientos contrarios a la moral social y una cierta permisividad o laxitud en juzgar comportamientos de una moral más personal o sexual. Precisamente en la permisividad con relación al sexo y a comportamientos relacionados con la droga, con la retención del dinero encontrado y quizás también con el suicidio, es en donde se tienen muestras más claras del cambio de valores que está teniendo lugar en Europa.

Pero pasemos ya a otro capítulo. ¿Qué hay que decir de los valores y de los comportamientos religiosos de los europeos? En este punto, nos vamos a limitar a resumir algunos de los resultados, pues el tema ha sido ya tratado en el trabajo al que repetidamente hemos aludido y además es probable que volvamos sobre él en un próximo número.

De cada 100 europeos, 63 dicen que son religiosos, 24 que no lo son, (aunque bastantes de ellos declararían pertenecer a una confesión religiosa), 5 se declaran ateos (¿agnósticos?) convencidos y 8 no contestan. No es raro, pues, que 6 de cada 10 recen por lo menos de vez en cuando y 7 de cada 10 piensen de vez en cuando en el sentido de la vida. Un 75 % de los europeos manifiestan creer en Dios y un 25 % como mínimo cumplen íntegramente el Decálogo. Al lado de esto, la práctica religiosa institucionalizada es baja en todos los países a excepción de Irlanda, seguida a mucha distancia por Italia y España y hay tres naciones (Bélgica, Holanda, Francia) en las que 1/4 de los encuestados confiesan no tener ninguna religión. Pero la Iglesia (las Iglesias) como Institución todavía merece más confianza a los ciudadanos europeos que la Administración pública, los partidos políticos, las grandes Empresas, la Prensa y los Sindicatos. Es más, casi la mitad de los europeos piensan que la Iglesia satisface sus necesidades espirituales. Todavía podríamos añadir que un 60 % sienten a veces pesar de sus actos, lo que denota al menos conciencia moral y quizá también conciencia religiosa. Nótese también que, aún tomando la cifra más baja (1/4) de respeto íntegro del Decálogo, de ello no se sigue que los 3/4 restantes preconicen la total libertad sexual. Así,

(5) V. ORTEGA, l.c. 369-374.

la libertad sexual completa es rechazada por 3/4 de los europeos y 2/3 rechazan la legalización del aborto cuando el motivo es que los padres no quieren tener más hijos.

Bastan estos resultados para mostrar que la religión hoy todavía representa algo en Europa y para afirmar que en rigor sociológico no se puede hablar de una Europa irreligiosa o arreligiosa. Probablemente un análisis más fino nos llevaría a la conclusión, además, de que la religión está desempeñando una función importante en relación con la soledad, con la satisfacción, con las necesidades espirituales, con la estabilidad familiar y las consiguientes ventajas para la formación de los hijos, etc. Pero habrá que esperar tal vez a disponer de los estudios nacionales.

Pasemos ahora a valores y comportamientos políticos. Se puede discutir interminablemente sobre lo que significan las palabras "derecha" e "izquierda", pero el hecho es que, al pedir a los europeos que se autosituaran en una línea recta con 10 puntos equidistantes del 1 (extrema izquierda) al 10 (extrema derecha), se obtuvo una distribución sensiblemente gaussiana, en la que los activistas no pasan del 5 % y donde la mayoría de posiciones políticas están en centro-derecha y centro-izquierda. Esto denota cierta estabilidad, cierta madurez política, aunque haya que matizarlo diciendo que 6 de cada 10 europeos no se interesan por la política y que este índice de interés aumenta con el nivel de estudios.

Pero quizás no resulte tan impreciso como lo de izquierda y derecha el examinar lo que podríamos llamar opción por la igualdad. Desde la revolución francesa la libertad y la igualdad —la fraternidad equivalía a expresar la igualdad de manera algo menos abstracta— han pasado a ser dos valores políticos de primer orden, y en función de ellos se puede juzgar con cierta aproximación la naturaleza de un régimen político. Si Tocqueville hace 150 años, fascinado por la democracia norteamericana auguraba para Europa, especialmente para Francia, aquella igualdad social que a él le parecía ver en Estados Unidos, que él ponía junto con la libertad con su lema "igualdad en libertad" (6), ¿ha avanzado la Europa occidental por los caminos de la igualdad? Se trata de un punto importante y delicado y, por ello, los encuestadores han procurado afinar al máximo el concepto de igualdad, con el fin de obtener respuestas homologables. La libertad en occidente ofrece menos ambigüedades: no se trata de la libertad en sentido materialista (utilizado principalmente por los marxistas) de liberación de condicionamientos materiales, sino de libertad en el sentido de respeto a la persona, de reconocimiento de sus

(6) Alexis de TOCQUEVILLE, *Igualdad social y libertad política*. Ed. Magisterio español, Madrid 1978, 291 p. Si la libertad es el supremo valor de los tiempos democráticos, "la primera de mis pasiones" (p. 29), la igualdad de condiciones de vida es lo que "caracteriza y singulariza a las sociedades democráticas" (p. 154). Los pueblos democráticos muestran más ardor por la igualdad que por la libertad. "Los pueblos quieren la igualdad en la libertad y, si no pueden obtenerla, la quieren incluso en la esclavitud" (p. 157). A nuestro juicio, Tocqueville no se mostró siempre coherente en sus preferencias por la libertad o la igualdad.

PEDRO FERRER PI

derechos y deberes. Por igualdad los autores de la encuesta no entienden la igualdad económica (sobre la que ponen el acento los marxistas), ni tampoco la igualdad utópica de nivelar por arriba, sino de la "igualdad de condiciones" por utilizar la expresión de Tocqueville, o "igualdad de oportunidades" en expresión más moderna, una igualdad que tiende a evitar lo más posible las desigualdades sociales, dentro de un estímulo a la iniciativa personal y de un incentivo a rendir más.

Lo delicado de la comprensión de este punto quizás explique algo el que bastantes europeos se abstuvieron de contestar si optaban por la libertad o por la igualdad, de todos modos las respuestas nos parece que son suficientemente significativas. Veamos un resumen de las mismas.

A nivel global, es decir, para el conjunto de los nueve países de Europa occidental elegidos para la encuesta, el 49 % de los encuestados optan por la libertad, el 35 % optan por la igualdad, el 9 % "ni una ni otra", y el 7 % restante no contestan. Este resultado no nos ha de sorprender. La libertad, junto con el amor, es uno de los dos valores nucleares de la persona y, además de un elemento negativo (ausencia de coacción de todo orden, física o moral), incluye un elemento fuertemente positivo: poder hacer o pensar lo que quiero, poder ser responsable de mis actos o pensamientos, lo que en el fondo supone una autoafirmación del "yo", para no verme envuelto en la indiferencia o anonimato. Sin libertad no hay persona. Y sin libertad moral no hay persona moral. Y sin libertad política no hay persona política. Pero con la pura libertad sólo caeríamos en la ley de la selva; por esto la libertad, basada en el reconocimiento de mi dignidad humana, tiene su contrapeso en el reconocimiento de la dignidad humana de los demás. De dicho reconocimiento se sigue, por lo menos en alguna medida, cierta igualdad. Y también se sigue que, allí donde las condiciones objetivas (externas o internas) hagan difícil que otros vivan según pide la dignidad de la persona humana, yo deba renunciar a algo no esencial a mi dignidad (en bienes materiales, retribuciones, escala social) para que haya una mayor igualdad, posibilitando así que otros vivan conforme a lo que exige la dignidad de todo hombre. Si no antes de la revolución francesa, sí por lo menos después de ella está bien claro que el equilibrio de la vida política se establece siempre con una tensión constante entre la libertad e igualdad. Y una mayor igualdad social debería ser la meta de toda democracia, siempre que con ello se respete el libre juego de las iniciativas sociales o privadas que hacen que una sociedad sea dinámica y creativa. La igualdad nunca ha de ser caer en la indiferenciación anónima de la masa humana o de la termitera (7). Por todo lo dicho, ya se adivina que tampoco es una sorpresa que un 16 % de los europeos

(7) Dentro de su talante elitista, nos dice lúcida y rotundamente Ortega que, ante el temor de convertirse en una termitera, "el tema de la justicia social, con ser tan respetable, empalidece y se degrada hasta parecer retórico e insincero suspiro romántico". Pero, al mismo tiempo nos orienta para caminar, no "hacia una miserable socialización", sino "hacia un magnánimo solidarismo" (p. 35). La igualdad debe siempre respetar la identidad. Véase José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Rev. de Occidente Alianza Editorial, Madrid 1979, 294 p.

no hayan optado o hayan dicho "ni una ni otra": la elección entre libertad e igualdad es fácil en teoría pero no tanto en la práctica, cuando no se ven, por ejemplo, notables desigualdades alrededor. De todos modos, hay que reconocer que, en conjunto, Europa opta claramente por la libertad.

Hechas estas aclaraciones, puede ser interesante examinar cuánto vale para los diferentes países la "ratio" libertad/igualdad, es decir, el cociente de dividir los que optan por la libertad y los que optan por la igualdad. Para Europa en su conjunto el resultado es $49/35 = 1,4$. Pero, por países, va de valores muy altos en Gran Bretaña (3,0) y altos en Holanda (1,84), a un valor medio en Dinamarca (1,4) y a valores bajos en Irlanda (1,2), Italia (0,96), Alemania occidental (0,95) y España (0,92). De estos resultados, quizás no sorprenda tanto el valor muy elevado de Gran Bretaña, el país de la libertad, cuanto el valor algo bajo de Alemania, bastante semejante hoy en nivel económico, desarrollo y condiciones de vida a Gran Bretaña. Por lo que se refiere a España, independientemente de lo que puedan aclarar los estudios nacionales, hay un dato curioso: los que no han contestado o han contestado que "ni una cosa ni la otra" han sido no un 16 %, que es la media europea, sino un 25 %. Sólo un 39 % optan por la igualdad y un 36 % optan por la libertad. ¿Tiene esto alguna relación con la situación especial de transición política que atravesamos? Posiblemente sí.

Anotemos finalmente, una conclusión a la que conduce el estudio, pero cuya aclaración requerirá sin duda un análisis más a fondo una vez se disponga de los estudios nación por nación. Se trata del hecho siguiente: mientras a nivel global se observa una muy elevada correlación positiva entre igualdad —izquierda y libertad— derecha (valor 0,994), al analizar nación por nación, la aludida correlación no "funciona". Sin duda, pues, que influyen otros factores, como pueden ser la cierta carga afectiva que tienen las palabras libertad e igualdad en Europa, y la confusión que con frecuencia puede haber entre libertad política y libertad moral. Por no añadir que la opción por la libertad está bastante asociada con los que tienen un mayor grado de bienestar y de satisfacción o que no se sienten deprimidos.

Estos son algunos de los más importantes resultados del estudio que van a servir de base para nuestra reflexión. Al lado de ellos, y para terminar esta descripción de los europeos, diríamos que la encuesta ha mostrado que éstos se sienten, en general, felices: Muy felices el 20 %; felices el 75 % y no felices tan sólo un 5 %. También se ha constatado indirectamente que predomina en ellos una emotividad feliz, que un 36 % se consideran con buena salud y un 22 % con muy buena salud. También predomina una actitud positiva en relación al trabajo, aunque 1/3 de los europeos piensan que se da demasiada importancia al trabajo y, en el caso de los franceses, esta cifra del 33 % se convierte en un 58 %.

EUROPA FUNCIONA

Hemos procurado reflejar con objetividad los resultados sociológicos

PEDRO FERRER PI

de un estudio exhaustivo que tiene todas las garantías de seriedad. Quizás incluso, sin pretenderlo, hemos recalcado más lo positivo, evitando el fácil catastrofismo en que se puede incurrir al ver que valores que ocupaban los primeros puestos en una jerarquía de valores más tradicional, pasan ahora a ocupar puestos secundarios. Pero en conjunto, hemos de reconocer que, si nos atenemos a los resultados del estudio, una conclusión se impone: Europa funciona. La sociedad europea es una sociedad que, con todas sus tensiones, su resistencia a una integración económica y política, sus brotes de violencia o de terrorismo, sus escándalos financieros y de todo orden, es una sociedad madura y de la que aparentemente podemos sentirnos satisfechos. Por esto no extrañará que el 75 % de los europeos estén orgullosos de su país y que esta cifra suba a 90 % en Irlanda, con los valores más bajos (60 %) para Alemania y para Holanda.

Sin embargo, ¿de qué naturaleza es la funcionalidad que descubrimos en Europa? ¿Es una funcionalidad remansada, propia de un pueblo que ha llegado a la madurez y se limita básicamente a seguir su marcha en el conjunto de las naciones o bloques de naciones, consciente de que tiene su historia, por la que siente un cierto orgullo, y de que tiene un pasado con el que se siente identificado? ¿O es más bien la funcionalidad de un pueblo o bloque de pueblos que se dispone no tan sólo a seguir viviendo o a vivir mejor, sino que mira al futuro, que es consciente de que debe desempeñar un papel en el futuro, que se señala unos objetivos y en función de ellos se traza unas políticas a nivel nacional y a nivel europeo? En otras palabras: ¿Es una Europa en la que predomina lo funcional sobre lo utópico o es más bien lo contrario? Aquí hemos de reconocer que las respuestas a las preguntas de la encuesta nos dejan bastante intranquilos acerca del futuro de Europa. Y aquí es donde inevitablemente no podemos dejar de consignar algunos resultados más negativos.

Comencemos por los valores morales que los europeos desean que se inculquen a las jóvenes generaciones y en las que tenían que escoger cinco entre una lista cerrada de 17. Como habremos podido notar, se obtiene un resultado bastante equilibrado entre las virtudes más innovadoras (tolerancia, respeto a los demás, sentido de responsabilidad) y las tradicionales (honestidad, buenos modales, educación). Pero, que unas virtudes o valores más utópicos, como pueden ser la fe religiosa, el altruismo o la imaginación, figuren entre las cinco últimas elegidas, es indicativo de la carencia de ideales en la Europa de hoy. Por lo menos, así nos inclinamos a admitirlo, a pesar de tratarse de un resultado negativo. ¿Hubiera variado el resultado si en lugar del altruismo se hubiese puesto la generosidad o si, en lugar de la independencia, se hubiese puesto la confianza en los demás, que parece tener una connotación más positiva? Lo dudamos, si hemos de juzgar por lo que se nos dice en otros puntos de la encuesta. Así el 62 % de los europeos desconfían en principio de los demás, sin que en esta desconfianza influyan las opciones políticas, como tampoco se ve que se pronuncien con mucho entusiasmo por el aumento de la ayuda mutua en los últimos años. Quizá se pueda decir que

EUROPA Y SUS VALORES

esto ha sido así siempre, que siempre han sido los grupos marginales pero selectos los que han influido en la sociedad y los que han impuesto sus valores o mejor, su preferencia por unos determinados valores sobre otros. Efectivamente, así es, pero no parece que hoy por hoy estos grupos marginales tengan un mensaje importante que transmitir, por cuanto se les ve sentirse solos, insatisfechos, con desconfianza en el progreso científico o tecnológico y, en general, con un mensaje más negativo que positivo.

Naturalmente, esta carencia de ideales y de contenido utópico se observa todavía más, si cabe, al examinar la religiosidad de los europeos y la forma de vivirla, si bien la encuesta muestra unos aspectos bastantes esperanzadores en los que se confiesan religiosos en lo referente a la ayuda mutua, a la confianza, etc.

En cuanto a los valores y comportamientos políticos, los resultados confirman la funcionalidad de Europa: un equilibrio libertad-igualdad y derecha-izquierda que nos da una Europa que oscila entre conservadora y socialdemócrata más que socialista; una Europa que el tener que señalar prioritariamente uno de los siguientes cuatro objetivos nacionales: oponerse al alza de precios, proteger la libertad de expresión, permitir expresarse más sobre las decisiones del Gobierno (participación) y mantenimiento del orden, señala en un 41 % la opción por el orden. Lo cual es coherente, porque sin orden Europa no puede funcionar. Pero no pidamos grandes sacrificios: sólo 1 de cada 5 europeos están dispuestos a sacrificarlo todo por algo fuera de la familia, como es la patria, la libertad, la justicia, la paz. Y más de la mitad (el 53 %) declaran expresamente que no están dispuestos a sacrificarse por nada. Y nótese que esta actitud no es privativa de ningún grupo político: se encuentra aproximadamente igual en la izquierda que en la derecha.

En este cuadro más bien negativo que estamos presentando y que confirmaría que lo de la vieja Europa en más de un punto no es meramente un slogan, resulta alentador ver la cotización de la familia. Indiscutiblemente los europeos están por la familia. Al escoger lo que desearían que no desapareciese en el próximo siglo, la familia ocupa el segundo lugar. Y un 75 % de los europeos estiman que la familia no es una institución caduca. Y cuando se les pregunta a qué dedicarían el tiempo libre si tuviesen más a su disposición, contestan claramente que a la familia. Una familia no tan compacta ni tan estable como la actual. Pero tampoco una familia que venga a ser la institucionalización del amor libre, pues son muy pocos los europeos (menos del 10 %) que ven que la esterilidad, el fracaso económico total, la larga enfermedad o el desacuerdo con la familia política, son causa de divorcio, y sólo un 23 % estiman que es causa suficiente el mal entendimiento sexual. Y el 75 % de los europeos sigue creyendo que los hijos necesitan de padre y madre para educarse felices. Sin embargo, a pesar de estos datos, nos tememos que, debajo de esta concepción de la familia, está latente una concepción demasiado individualista. Nos tememos que esta opción tan clara, esta apuesta tan fuerte por la familia, se deba a que los europeos han visto en ella, con razón, el

PEDRO FERRER PI

mejor baluarte para defender su identidad personal en un momento en que la sociedad pretende masificarnos y penetrar en nuestra intimidad. En tal sentido, han descubierto uno de sus valores más esenciales. Pero tal vez —es una hipótesis— han visto la familia desde un ángulo demasiado funcional-intimista: si en otro tiempo se exageró el aspecto procreativo de la familia (la mejor familia era la que tenía más hijos), hoy se exagera y aun se considera exclusivamente el aspecto de complementariedad de los sexos. De ahí el carácter de transitoriedad que para algunos tiene el matrimonio, el carácter ad hoc, como un producto de consumo.

Para completar este cuadro de luces y sombras de una Europa que funciona, hay que decir —lo confiesan ellos mismos— que los europeos tienen miedo y que en 1983 este "miedo" probablemente hubiese sido todavía mayor que en 1981, año de la encuesta. No se trata de un miedo metafísico o falsamente religioso, se trata de una incertidumbre, de un pesimismo más "mundano", que afecta a la mitad de la población europea y que no parece estar influenciado —sustancialmente al menos— por el clima, por la cultura o por la crisis económico-social (p. 209). Y quizás tampoco por el rearme nuclear. De hecho en Irlanda y Gran Bretaña afecta a un 67 % de la población, en los demás países ofrece cifras entre el 43 % y el 47 %, a excepción de Alemania en donde sorprendentemente sólo afecta al 26 % de la población. En el futuro habrá que seguir de cerca este pesimismo para ir analizando sus causas. ¿Será un mal de nuestra civilización, de cierto malestar provocado por el consumo, por la transitoriedad o por el shock del futuro? De hecho, en Japón un 48 % de la población está afectada y en Estados Unidos un 53 % (8). Sería interesante comparar estos datos con otros que se pudiesen obtener en los países del Este de Europa y, sobre todo, en los de América Latina. Por nuestra parte, no descartaríamos que pudiera tratarse de un pesimismo originado, en parte, al haber traspasado un cierto umbral crítico de proporción de gente mayor en la estructura demográfica de la población.

EUROPA, REGION DEL MUNDO

Como resumen de todo lo dicho hasta aquí, ¿podemos, pues, sentirnos satisfechos de que la sociedad europea sea una sociedad estable y funcional aunque el fuerte cambio de valores permita afirmar que "las actitudes morales se están disolviendo en Europa"? (p. 348). Creemos que no. Porque el mal de Europa no es que funcione, sino que se contente con funcionar o que, a lo más, busque cómo funcionar mejor. Y mientras los ideales de Europa no trasciendan de todo esto, mientras las naciones que forman este bloque que llamamos Europa occidental no sean conscientes de esto, Europa no tendrá futuro ni frente a Estados Unidos ni frente al Japón, ni frente a la Unión Soviética. Mientras en Europa cada nación esté celosa de su soberanía y sólo esté atenta a su balanza de pagos, a su desarrollo tecnológico, a sus propios problemas, Europa camina hacia la muerte lenta. Y tal vez, como nos recordaba hace poco

(8) TIME, n. 31, 1 agosto 1983, p. 75.

Alain Touraine, sean muy pocas las naciones europeas que lleguen a franquear la sociedad posindustrial. Pero volvamos a la encuesta europea. ¿Nos orienta algo sobre este particular?

Aunque el estudio de los valores en Europa no pretendía tratar expresamente de la unidad europea, se obtienen algunos resultados que no permiten, hoy por hoy, hacernos demasiadas ilusiones. Contrariamente a otros tiempos, el internacionalismo actualmente es más bien un valor de la izquierda y el nacionalismo de la derecha, pero su nivel en ambos casos es bajo. Y las dificultades por las que está atravesado la Comunidad Económica Europea muestran claramente cuán lejos estamos de la deseada unidad europea (9) "Nueve países, una Europa", decía lapidariamente en su estudio el varias veces aludido, profesor Jean Stoetzel. Pero mientras en Europa no haya más ideales, el paso hacia la unidad europea será un paso lento, demasiado lento para poder competir con la amenaza económica de Estados Unidos y de Japón y la amenaza ideológica de Rusia y países del Este. La funcionalidad, el funcionar mejor, llevará poco a poco a los Gobiernos europeos a convencerse de que han de ir a la unión, pero ella no se logrará de una manera efectiva sin grandes ideales, los ideales que animaron a Monnet, Spaak, Schuman, De Gasperi, Adenauer. Es preciso suscitar hoy con cierto idealismo, no un chauvinismo europeo tan condenable como el nacional, sino una conciencia del papel de Europa en el mundo. Es preciso suscitar la conciencia de que Europa necesita vertebrarse para funcionar y, casi nos atreveríamos a decir, para vivir. La Europa invertebrada necesita constituir una unidad política, para poder seguir ofreciendo al mundo aquel poso de sabiduría antigua junto con la riqueza de ideas, de inquietudes y de energías nuevas que siguen suscitándose en la vieja Europa. Unas ideas, inquietudes y energías llenas de savia religiosa, de savia social, de savia intelectual, de savia democrática, de ideales de justicia, de igualdad, de solidaridad. ¡Cuánto podría aportar Europa hoy a una reflexión política —una política mundial— en torno a ideas básicas para nuestra supervivencia, como son la solidaridad, la participación y la configuración de la nueva sociedad! "La muchedumbre de pueblos europeos —decía Ortega— es el mayor tesoro de Occidente." Y añadía que lo peor que le podía pasar al europeo es que se volviese snob, es decir, que no creyese en su misión histórica (10).

Al terminar este artículo, nos asalta la duda de que tal vez para muchos hayamos caído en una petición de principio. Es decir, que admitiendo que estamos sometidos a un cambio de valores, estamos suponiendo al mismo tiempo gratuitamente que Europa sólo es concebible con los valores tradicionales, que son algo más "idealistas". ¿Es esto así? ¿Es posible una sociedad europea no decadente, sin ideales o, al menos, con otros ideales? Por ser éste un tema importante, nos proponemos abordarlo en un próximo trabajo en esta misma revista.

(9) Alfonso ECHANOVE, *Atenas, donde fracasó Europa*, Razón y Fe, enero 1984, pp. 69-73.

(10) J. ORTEGA Y GASSET, l.c. pp. 21-22. Véanse también los numerosos textos sobre la unidad europea en la segunda parte de su obra *La rebelión de las masas*, escrita en 1929 y editada en 1930.